

DE LA MEMORIA A LA REPRESENTACIÓN: EL PROBLEMA DE LA EPISTEMOLOGÍA DE LA HISTORIA EN PAUL RICOEUR

Román Alejandro Chávez Báez
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Resumen/*Abstract*

El artículo tiene por finalidad el análisis de la segunda parte del último gran libro de Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, que se refiere a la epistemología de la historia. El texto se estructura en tres partes que corresponden a las temáticas a las que hace alusión su título y Ricoeur realiza oportunamente un panorama general o “nota general de orientación” que sirve como introducción a cada una de las partes del libro. El autor orienta, pues, al lector (lo cual se agradece) y nos habla de los intereses y objetivos de su investigación, así como de la justificación del léxico o terminología empleada. La fenomenología de la memoria, la epistemología de la historia y la hermenéutica de la condición histórica son los tres asuntos fundamentales de esta obra, pero los une el asunto de la representación. Así, de modo concreto, nuestro objetivo es seguir el hilo conductor de la memoria a la representación como camino fundamental de la epistemología de la historia.

Palabras clave: memoria, representación, epistemología e historia.

From the memory to the representation: The problem of the epistemology of the history in Paul Ricoeur

The article takes as a purpose the analysis of the second part of the last big book of Paul Ricoeur, *Memory, history, forgetting*, which refers to the epistemology of the

history. The text is structured in three parts that correspond to the subject-matters to which its title refers and Ricoeur realizes opportunely a general panorama or “general note of orientation” that serves like introduction to each of the parts as the book. The author faces, then, the reader (thing for that one is grateful) and he speaks to us about the interests and targets of its investigation, as well as of the justification of the lexicon or used terminology. The phenomenology of the memory, the epistemology of the history and the hermeneutics of the historical condition are three fundamental matters of this work, but the matter of the representation joins them. This way, in a concrete way, our target is to continue the conductive thread of the memory to the representation like fundamental way of the epistemology of the history.

Keywords: Memory, Representation, Epistemology and History.

Román Alejandro Chávez Báez

Realizó una Estancia Posdoctoral en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Doctor, maestro y licenciado en Filosofía por la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, y estudios de Licenciatura en Literatura Latinoamericana por la misma casa de estudios. Actualmente se desempeña como profesor-investigador de Tiempo Completo en la FFYL de la BUAP. Los temas de su interés y especialidad versan sobre las filosofías de Edmund Husserl, Martin Heidegger y Jean-Luc Nancy, con énfasis en la estética. Miembro Ordinario del Círculo Latinoamericano de Fenomenología, Sección México, y Miembro Asistente de la Sociedad Iberoamericana de Estudios Heideggerianos. Finalmente, miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT Nivel 1.

*A Adriana Dowling Franco, en señal
de amor y admiración*

*La medida preventiva más acertada será la de no escribir,
sino aprendérselo de memoria. Por esta razón, nunca
jamás he escrito yo mismo acerca de estas cuestiones. No
hay ninguna obra de Platón, y jamás la habrá. Lo que
actualmente se designa con este nombre es de Sócrates, escrito
en el tiempo de su hermosa juventud.
(Platón, 1977, p. 1554).*

Entrando en materia, iniciamos con Ricoeur el análisis sobre la epistemología del conocimiento histórico que tiene como finalidad el hacer que la historia alcance su plena autonomía como ciencia humana, sólo mencionemos que esto no es un problema nuevo. Para este cometido nuestro autor plantea la necesidad de un proyecto filosófico, considerando el análisis y el establecimiento de sus límites internos, un proyecto filosófico sobre “la autonomía epistemológica de la ciencia histórica” (Ricoeur, 2003, 178), así como también el de “la autosuficiencia del saber de sí de la historia misma” (Ricoeur, 2003, 178). Un proyecto filosófico, pues, que se vista como una filosofía crítica de la historia y que contemple “la confrontación entre el objetivo de verdad de la historia y el objetivo de veracidad o, si se quiere, de fidelidad de la memoria” (Ricoeur, 2003, 178). Es pues una problemática (la relación entre historia y memoria) que la reflexión filosófica tiene que contemplar y asumir. Problemática o cuestión que se relaciona directamente con la escritura. A propósito de la relación memoria-historia, dice Ricoeur: “En todo caso, la autonomía del conocimiento histórico respecto al fenómeno mnemónico sigue siendo la presuposición principal de una epistemología coherente de la historia en cuanto disciplina científica y literaria” (Ricoeur, 2003, 178).

Para la realización un tanto sistemática y metódicamente organizada de esta epistemología del conocimiento histórico y teniendo en mente el proyecto filosófico antes mencionado que servirá para realizar dicha epistemología, Ricoeur menciona una concepción tripartita que será el modo en que esta *segunda parte* del libro será organizada y dividida. Corresponden a tres “fases operativas” (Ricoeur, 2003, 337) que funcionan como tres segmentos historiadores o segmentos de la operación historiográfica. Son momentos, estadios o etapas metódicamente relacionados en una sucesión lineal, que siguieren la idea de progresión. La primera es la fase documental, la segunda es la fase explicativa/comprendiva y la tercera es la fase representativa o escrituraria. No nos detendremos a abordar aquí el cometido de cada una (asunto que Ricoeur plantea en forma sencilla), puesto que a lo largo de la lectura de esta *segunda parte* del libro se irá abordando.

Esta “nota general de orientación” (Ricoeur, 2003, 180) no puede terminar sin que Ricoeur aborde una problemática fundamental, nos referimos al término o concepto de historiografía que entiende su uso “para designar la operación misma en que consiste el conocimiento histórico captado en la acción, al natural” (Ricoeur, 2003, 180). Es de notar que la composición misma de la palabra sugiere la escritura de la historia. Y es que la historia, como dice nuestro autor, es escritura. Es importante, pues, la relación entre historia y escritura que tiene como su centro o eje primordial al lenguaje mismo. El hecho de la escritura es también un alejarse de la memoria viva. Y es, pues, un problema difícil para la epistemología del conocimiento histórico la relación entre historia y memoria que el proyecto filosófico de la crítica de la historia tiene, por lo menos, que “articular y argumentar” (Ricoeur, 2003, 181). Se trata de lo no-dicho (un dejar en suspenso, una *epojé*) de la empresa historiadora que siempre se da por dado, como algo implícito.

Par explicar este “dejar en reserva” (Ricoeur, 2003, 181) de lo no-dicho, Ricoeur recurre al mito platónico del *Fedro* sobre la invención de la escritura, en donde encuentra una plena justificación de por qué partir

de Platón y con ello marcar la diferencia entre comienzo y origen al señalar la aporía del nacimiento de la historia-escritura. Dice Ricoeur: “el comienzo es histórico; el origen, mítico” (Ricoeur, 2003, 183). Por otro lado, la escritura, en un primer momento, en el ya señalado sentido platónico, es un don, un arte que funciona como antídoto de la memoria, don que “proporcionará a los egipcios más saber, más creencia y más memoria” (Ricoeur, 2003, 186).

En forma de *Preludio*, Ricoeur centra su atención en el análisis del *Fedro*. Y es que, como ya hemos señalado, en este diálogo Platón habla del nacimiento mítico de la escritura de la historia. Es de advertir que el mito del origen de la escritura puede ser equivalente al mito del origen de la historia y en esto se pone en juego la memoria misma. Y es que la escritura, como hemos mencionado anteriormente, en términos platónicos, se opone a la memoria. Así pues, la escritura de la historia, ¿es remedio o veneno? Esa es la ambigüedad del término *pharmakon* usado por Platón y esa es la ambigüedad misma de la historia y su escritura. La escritura de la historia presenta un dilema, por un lado puede registrar los hechos para recordarlos, pero por el otro, “producirá el olvido en el alma” (Ricoeur, 2003, 186) puesto que permitirá dejar de ejercer la memoria. Un remedio, entonces, no para la memoria, pero sí para la rememoración o “memoria por defecto” (Ricoeur, 2003, 186).

Y es que, como plantea Ricoeur siguiendo el mito, lo escrito es imagen de lo que en la memoria está vivo, de lo que está “escrito” en la memoria. En este sentido hay una hermandad o parentesco de los dos discursos (el de la escritura propiamente dicho, y el de la memoria). Sin embargo, parece que la inclinación de Platón es por la memoria que aparece ligada íntimamente con la vida misma, esto es, con el alma. Para sostener esto, será suficiente recordar la metáfora de la siembra. “Para la verdadera memoria, la inscripción es siembra, sus palabras verdaderas son ‘simientes’ (*spermata*)” (Ricoeur, 2003, 188). Es la diferencia de la memoria viva y la escritura muerta la diferencia entre la vida y la muerte o también: “En el *Fedro* la verdadera sabiduría y la apariencia de la

sabiduría es una de las primeras versiones de la oposición del lenguaje hablado y el escrito” (Wenger, 2016, 17).

Ricoeur plantea que el análisis del *Fedro* permite la posibilidad no sólo epistemológica, sino también política, ética y hasta estética. Pero sea como sea, el mito no es concluyente, no tenemos la plena certeza de si el remedio es un bien o un veneno, de si el *pharmakon* es remedio o veneno o ambos a la vez. Y hasta ahora, esta indecisión y sospecha vale también para la historia misma.

El caso de la historia se asume, desde la postura de Paul Ricoeur, como una situación límite donde la historia escrita, esto es una narrativa escrita, puede ser comprendida como *pharmakon*, en toda la amplitud de la palabra, pues ésta “[...] como sabemos, significa tanto remedio como veneno, y así, nos preguntamos en general, siguiendo el camino trazado por Ricoeur: ¿es la escritura de la historia remedio o veneno para la historia?” (Beraldi, 2012, 70). El panorama en el cual se desenvuelve el interés de Ricoeur por la historia escrita es un tanto desolador para la historia como rama de conocimiento de la humanidad; por un lado, la escuela de los *Annales* considera al relato como una fuente, por decir lo menos, poco confiable debido a la arbitraria selección y narración de acontecimientos puntuales y eventos de índole cultural. Sencillamente, desde esta perspectiva, el relato es una forma inferior de hacer historia, mientras que la objetividad que el acontecimiento brinda permite cubrir el umbral necesario para hacer de la historia una ciencia. Por el otro lado, la escuela narrativista considera que el relato se encuentra a la par de la exigencia que las ciencias duras imponen sobre sus objetos de estudio. Los partidarios de esta corriente afirman que el relato es capaz de *sustituir* la explicación causal. De tal forma que estas dos posturas se instauran en un espectro completamente opuesto, sin que ninguna de ellas pueda establecer un punto inmovible sobre la otra. El estancamiento en el cual se encuentra la historia únicamente puede ser entendido a tras luz del papel que la narración escrita tiene en la labor histórica. Ricoeur da cuenta de esto y de las limitaciones que ciñen el desenvolvimiento de estas dos otras posturas. La escuela de los *Annales* no

puede comprender el valor que la narración escrita tiene para la historia, dado que esta postura posee “[...] sus propias limitaciones: por la pobreza conceptual que los antinarrativistas tienen de las nociones de ‘acontecimiento’ y de ‘relato’” (Beraldi, 2012, 84). Mientras que la otra exagera, hasta límites insospechados, el valor de la narración escrita, causando, de tal modo, la difuminación entre los contornos de la ficción y la historia.

La respuesta de Ricoeur consiste en mostrar que la narración escrita puede ser, efectivamente, entendida en ambos casos sin que esto resulte en un oxímoron. “Ricoeur ve que la narración es veneno para la historia si no la saca del callejón sin salida al que la llevan los estructuralistas y postestructuralistas, y la forma de remediarla es mediante una categoría, como la de representancia, que incorpora las tres fases historiográficas” (Beraldi, 2012, 82). La respuesta que ofrece el filósofo francés incluye la narratividad, pero no de forma exclusiva; se incluyen todas las posibles críticas que se le puedan realizar desde una perspectiva antinarrativista, puesto que “Al articular narración con explicación, ni la narración es un sustituto de la explicación, ni es un obstáculo” (Beraldi, 2012, 87). De tal modo, la narración riqueriana evade una equiparación con la ficción. El texto, como designa a este descubrimiento Ricoeur, será el *pharmakon* de la historia; la restituirá si es aplicado de forma correcta y la envenenará si se le toma únicamente como narratividad exclusiva. Dicha concepción implica de forma inequívoca una dupla entre aquello narrado y aquello que es mostrado con objetividad. El hacer uso de la noción de *pharmakon* implica ya un cambio en el seno del problema de la narración. “El desplazamiento que propone Ricoeur de la narración hacia la representación-representancia le permite incluir dentro del debate la cuestión de la referencia en historia que quedaba clausurada para las versiones estructuralistas, evitando de esta manera el presunto idealismo del narrativismo” (Beraldi, 2012, 96). Mediante esta concepción se permite entender tanto a la perspectiva narrativa, que en sí misma es una representación, y a toda representación que carezca de elementos narrativos. La representación abre un espectro mucho mayor para el

quehacer histórico dado que éste, a diferencia de la estructura narrativa, remite “[...] a lo representado, a diferencia de la narración que se clausura a sí misma” (Beraldi, 2012, 92). Se trata de una nueva concepción que a pesar de tener sus cuestiones se posiciona como la “menos mala” para el estudio de la historia.

Así, y otra vez, debemos considerar que desde los primeros albores del pensamiento griego la escritura ha sido “[...] considerada como una técnica, como uno de los primeros procesos técnicos, quizás hasta el objeto técnico, el ejemplo de la técnica por excelencia” (Vidarte, 1999, 361). Reflexionar acerca de la escritura es reflexionar sobre la quintaesencia de la técnica. El papel que tiene la técnica ante el hombre siempre ha sido uno que se ha caracterizado por ser ambiguo:

La técnica siempre presenta a la filosofía el mismo problema: ¿qué hacer con ella? Se configura así un modelo de relación filosofía-técnica muy peculiar, donde la filosofía es previa a la técnica no sólo en el tiempo [...] sino por una primacía en la que la técnica queda jerárquicamente subordinada al pensamiento que, en último extremo, deberá ser el que decida de la suerte del objeto técnico. (Vidarte, 1999, 361).

El valor que la técnica presenta siempre se encuentra relegado al uso que el hombre le pueda otorgar en su existir diario. La ambigüedad de su relación con el hombre es clara: no posee un valor claramente asignado; así como puede ser perjudicial, también puede ser beneficiosa. La técnica muestra su naturaleza como *phármakon*. Vidarte comenta a este respecto que “Esta palabra coaliga en sí dos significados irreconciliables, a saber: a) remedio que trasluce la racionalidad transparente de la ciencia y de la técnica [...]; b) veneno que actúa con una fuerza oculta, mágica, irracional, incalculable, secreta y de efectos perjudiciales” (Vidarte, 1999, 364).

El *quid* de la cuestión se torna transparente. Si *phármakon* puede ser entendido a la par de estas dos opuestas definiciones, entonces se muestra de forma clara que tanto este concepto, así como el de la técnica, es ajeno al hombre, es exterior a él:

La técnica como *phármakon* o *phármakos*, sin embargo, representa la disolución misma de fronteras y por ello no es excluible sin más de la filosofía por la filosofía, ésa es su radical alteridad: no ser un afuera absoluto oponible a un interior puro, sino representar una lógica distinta, la de la contaminación y el *phármakon* o el suplemento que, pese a todo, seguirán insistiendo, provocando malestar, paseándose impunemente entre el adentro y el afuera, no estando ni adentro ni afuera, estando adentro y afuera (Vidarte, 1999, 367).

El caso de la escritura sirve para mostrar la senda que ha de seguir la reflexión en torno a la técnica; es imposible intentar soslayar a la técnica de la vida diaria, puesto que una vez que se hace presente todo lo transforma de forma irremediable. Al ser también considerado como suplemento, ya no se habla únicamente de una relación que altera de forma definitiva, sino que también se entretiene la posibilidad de suplantación de aquello que era lo propio. “Con el instrumento técnico de la escritura se pone en reserva, se guarda, para que no se pierda, un contenido unívoco –la voz del rey– y la autoridad de su interpretación y custodia” (Vidarte, 1999, 369). La reflexión sobre la técnica debe abocarse a indagar “[...] si es posible pensar desde la filosofía el otro de la técnica, la máquina, la repetición, un funcionamiento sin sentido, sin finalidad, sin rendimiento ni trabajo, no reapropiable, en pura pérdida” (Vidarte, 1999, 370).

El espacio habitado y el tiempo histórico

Emprendemos la fase documental de la operación historiográfica que se pone en marcha “desde la declaración de los testigos oculares a la constitución de los archivos” (Ricoeur, 2003, 179). De este modo se establece el programa epistemológico dando inicio al establecimiento de la prueba documental que corresponde al primer elemento historiador, al primer nivel del programa, nivel que a distancia puede distinguir solamente la epistemología de la historia. Como dice Ricoeur: “El *terminus a quo* es aún la memoria considerada en su estadio declarativo. El *terminus ad*

quem tiene como nombre la prueba documental” (Ricoeur, 2003, 191). Son, pues, dos extremos que, entre ambos, hay que recorrer un camino, un análisis. Esto implica la separación de la historia de la memoria en el plano espacio-temporal. Al estilo de la *Estética trascendental* kantiana, Ricoeur no buscará ya las formas *a priori* de la sensibilidad, sino las formas *a priori* de la experiencia de la operación historiográfica. En este sentido Ricoeur se pregunta: “¿qué sucede con el tiempo histórico y el espacio geográfico, teniendo en cuenta su articulación indisociable?” (Ricoeur, 2003, 191). A esta pregunta responden las dos primeras secciones del presente capítulo, *El espacio habitado* y *El tiempo histórico*, que a continuación pasamos a analizar.

Ricoeur, retomando el mito del *Fedro*, reflexiona y tematiza el término de inscripción (fijación de la oralidad en materia) que es más amplio que el término de escritura. Inscripción hace referencia o sugiere la noción de “marcas exteriores” (Ricoeur, 2003, 193), huellas que son como prótesis de la memoria. En este sentido, nuestro filósofo considera las condiciones formales de la inscripción, condiciones formales que tienen que ver con mutaciones o cambios que afectan la espacialidad y la temporalidad de la memoria viva, sea ésta pública o privada. Estas mutaciones son como la condición formal de la archivación misma.

Como ya hemos mencionado, el problema lo aborda Ricoeur teniendo en cuenta la *Estética trascendental* kantiana. Espacio y tiempo se modifican o mutan al pasar de la memoria a la historiografía. Hablamos de espacio como aquello en el que se mueven los protagonistas de un relato y tiempo como aquello en lo que ocurren ciertos acontecimientos narrados de una historia. Hay continuidad y discontinuidad, hay mutación de las dos formas *a priori* o, en términos kantianos, intuiciones puras. Ricoeur establece una dialéctica del espacio vivido, del espacio geométrico y del espacio habitado a la que corresponderá, respectivamente, una dialéctica del tiempo vivido, tiempo cósmico y tiempo histórico. El espacio vivido tiene que ver con el aquí y el ahí de la percepción y la acción correspondiente a ese aquí y ahí es la acción del tiempo vivido.

Tiempo y espacio vividos están juntos en un “sistema de lugares y de fechas” (Ricoeur, 2003, 193) que corresponden, más o menos, a la geografía y a la historiografía, respectivamente. Entre el espacio vivido y la memoria viva se entreteteje una proximidad. El espacio corporal se vincula al entorno, lo habitable. Y es que mi lugar está donde está mi cuerpo. Lugar, pues, tiene que ver con emplazamiento y desplazamiento como experiencias vivas del cuerpo propio, eso que Husserl llamaba *Leib*.

Pero hay más, entre el espacio vivido del cuerpo propio se intercala el espacio habitado y el geométrico. El habitar es ese “vivir-en” (Ricoeur, 2003, 195) y este espacio habitado se sitúa entre el espacio vivido y el espacio geométrico. Habitar es construir, de ahí las reflexiones de Ricoeur en torno a la arquitectura, pero tomemos en cuenta que construir sólo es posible geoméricamente. Construcción es en el fondo inscripción y del lado del tiempo tendríamos el relato como duración. Ya sabemos que la construcción es material. Todo esto sucede urbanísticamente, pues como dice Ricoeur: “Como mejor se percibe el trabajo del tiempo en el espacio es en el plano urbanístico” (Ricoeur, 2003, 196). Arquitectura y geografía están íntimamente relacionadas. Más allá de esto, siguiendo el análisis del espacio y el tiempo, diremos que la localización es un concepto espacial así como la datación un concepto temporal. Esto lo toma en cuenta el mismo Ricoeur.

Es de suma importancia, por otro lado, los análisis que Ricoeur hace de las distintas tematizaciones que se han hecho en la filosofía acerca del tiempo. Sobresaliendo Aristóteles, San Agustín, Kant, Husserl y Bergson que no nos detendremos a analizar.

Es importante señalar también que, a propósito del tiempo del calendario como modalidad temporal de la inscripción, dice Ricoeur que no se reduce al tiempo vivido de la fenomenología. Más bien tiene sentido esta reflexión para abordar la temática referente a la cronometría (ciclos cortos o largos de tiempo), la cronología (ordena los acontecimientos en función de fechas y nombres) y la cronosofía (especulación sobre el tiempo, sea considerado como lineal o cíclico).

Ciertamente la cronosofía es un asunto más interesante, pues está en estrecha relación con el tiempo histórico. Son las grandes periodizaciones de la historia misma a un nivel más cultural, no es sólo una databilidad (edades, siglos, períodos, estadios, épocas). Recordemos a este propósito el modo que la conciencia se configura de figura en figura hasta el saber absoluto en Hegel o el mismo relato del *Génesis* (la creación, el pecado, la redención, el juicio final). Son las mismas ordenaciones del tiempo histórico lo que está en juego, pues es difícil concebir la historia misma sin periodizaciones. Ricoeur realiza, pues, un excelente *excursus* del tiempo histórico.

El testimonio y el archivo

Se da el paso de la forma (condiciones formales) al contenido (cosas pasadas), del espacio y tiempo históricos a las cosas propiamente dichas del pasado, de las condiciones de posibilidad a la efectuación de la operación historiográfica. Es el paso que surge de la exteriorización de la memoria en el testimonio. Para esto es importante resaltar el papel que juega el testigo en su testimonio y de su inscripción; con el testimonio se da el paso de la oralidad a la escritura y, con ello, el nacimiento del archivo. Pero, entrados en el testimonio, deberemos hacer su análisis crítico y confrontarlo con otros para, de este modo, revisar la prueba documental. Debemos, pues, verificar que el testimonio sea fiable y asegurarnos de que algo ocurrió y ocurrió así. Así, dice Ricoeur: “Con el testimonio se abre un proceso epistemológico que parte de la memoria declarada, pasa por el archivo y los documentos, y termina en la prueba documental” (Ricoeur, 2003, 196).

Ricoeur plantea el interés y, con ello, la importancia del intento de un análisis esencial, un análisis del testimonio como tal y esto respecto de sus múltiples usos. Sobre todo en su uso judicial (declaración ante un tribunal) y su uso histórico (la archivación), pero es en la práctica cotidiana (conver-

sación ordinaria) donde mejor se visualiza la operación del testimonio, su núcleo. Ricoeur se pregunta “¿hasta qué punto es fiable el testimonio?” (Ricoeur, 2003, 211), y menciona enseguida: “Esta pregunta sitúa frente a frente la confianza y la sospecha” (Ricoeur, 2003, 211). Y es evidente, pues en la práctica o actividad de testimoniar surgen dudas a propósito de la veracidad del testimonio mismo y para esto existen pruebas, del lado judicial la sentencia y del lado histórico la prueba documental. Además, esta actividad de testimoniar guarda una relación con el acto de prometer, aunque sea una relación, por lo demás, oculta.

Ricoeur se lanza enseguida a enumerar seis componentes esenciales de la operación del testimonio. El primer componente está dado al hacer la distinción de dos vertientes articuladas entre sí, por un lado, el acontecimiento relatado, esto es, la descripción de la escena ocurrida y por otro la certificación de éste. Esto es importante, pues es necesaria la distinción entre realidad y ficción. El segundo componente tiene que ver con la especificidad del testimonio, pues la realidad descrita debe acoplarse con el testimonio. La fórmula tipo del testimonio “yo estaba allí” (Ricoeur, 2003, 202) es importante en este punto. El tercer componente es la estructura dialogal del testimonio e implica la acreditación del testimonio mismo. Ya no se trata sólo de un “Yo estaba allí”, sino que se agrega “Creedme” (Ricoeur, 2003, 371). El cuarto componente implica que la sospecha abre la posibilidad de la controversia. El quinto componente incorpora la disponibilidad del testigo a reiterar su atestiguación (hay que mantener el testimonio el mayor tiempo posible, pues sólo así se puede ser más confiable). El sexto y último componente implica ya una seguridad del testimonio y la posibilidad de un vínculo social, entonces el testimonio posibilita lo institucional.

El testimonio es, pues, oral, en el mejor de los casos, y el archivo implica escritura. Testimonio y archivo posibilitan la operación historiográfica y esto es por la misma archivación o configuraciones testimoniales. El archivo es un lugar social, algo espacial que permite husmear los documentos y construir textos. Y es que además hay que analizar el

acto de archivación. Análisis implica separar pero es necesario también reunir y coleccionar. Esto es la archivística y es indispensable para la operación histórica. Pero no cabe duda de que el testimonio constituye el núcleo central para la archivación. Lo esencial de los archivos consiste en textos que son testimonios dejados para el historiador, pero lo que importa en la historia es los hombres en el tiempo.

Ricoeur pasa a revisar el análisis respecto a la crítica del testimonio, un recorrido ejemplar, elaborado por Marc Bloch. En primer lugar Bloch hace un análisis de la observación histórica y en ella nos descubre una serie de conceptos como el de conocimiento por huellas, testimonios escritos y no escritos, testimonios voluntarios e involuntarios. Sólo mencionemos que la mayoría de los archivos son basados en testimonios involuntarios. Sea como sea, lo importante es que hay una serie de documentos tan dispares que llenan un archivo. La segunda parte del análisis de Bloch tiene que ver con el examen de la historia con los testimonios, una crítica. La crítica hace posible la historia como ciencia. Las huellas, ya sean vestigios o testimonios, dieron lugar a la crítica histórica.

Por otro lado, Ricoeur analiza el paradigma indiciario de Carlo Ginzburg. El indicio es localizable, descifrable; el testimonio, por su parte, es presentado y criticable. Esto nos muestra que entre testimonio e indicio hay una complementariedad que tiene su importancia para la prueba documental, para la misma epistemología de la operación historiográfica. Complementariedad entre ambos autores, pues ambos (Bloch y Ginzburg) son importantes para los análisis de Ricoeur.

La memoria archivada

El historiador de los archivos es su propio destinatario en tanto que los archivos mismos (huellas) fueron conservados institucionalmente para ser consultados por el historiador que está habilitado para ello y se le permite el acceso. Esta es la fase de la prueba documental que está destinada a

designar la verdad histórica, pero forma parte, como una etapa más, de la operación historiográfica. La prueba del documento se desarrolla entre la fase documental y la fase explicativa y comprensiva y, por supuesto, con la fase escrituraria o literaria de la representación histórica. Y entre las fases encuentra su articulación. No cabe duda de que el historiador accede a los documentos archivados lleno de preguntas. De ahí que el cuestionario sea lo primero para abordarse en la prueba documental. En contra de los positivistas, Marc Bloch es uno de los primeros que trata de estos asuntos, pues a los positivistas los considera como ingenuos epistemológicamente. Antonine Prost declara: “no hay observación sin hipótesis, ni hecho sin preguntas” (Ricoeur, 2003, 233-234). Los documentos hablan si se les exige que hablen, si se les exige que comprueben la verdad de las hipótesis, dice este autor que la pregunta es la que “construye el objeto histórico procediendo a un recorte original en el universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles” (Ricoeur, 2003, 234), en este sentido la pregunta del historiador no es una pregunta desnuda. Desde esta perspectiva, “huella, documento, pregunta forman así el trípode básico del conocimiento histórico” (Ricoeur, 2003, 234). La pregunta es la ocasión de echar un vistazo al documento como testimonio. Desde las preguntas, el documento se aleja del testimonio. El documento es buscado y encontrado por el historiador, es constituido momento mediante el preguntar mismo del historiador. Desde esta perspectiva afirma Ricoeur: “Para un historiador todo puede devenir documento” (Ricoeur, 2003, 234). Así, todo lo que pueda ser interrogado con el afán de encontrar información sobre el pasado se convierte en documento. Documento no es sinónimo de testimonio, puesto que hay documentos que no son testimonios. Pensemos en los testimonios orales, pues éstos sólo se constituyen en documento una vez que son registrados, una vez que dejan la oralidad para insertarse en el plano de la escritura y, bajo esta perspectiva, pierden su lugar como testimonio y se convierten en documento. En este sentido “la memoria está archivada, documentada” (Ricoeur, 2003, 235).

¿Qué es lo que se prueba así en el documento? Un hecho o hechos que pueden ser denunciados en proposiciones. Pero con esto hay confusión entre los hechos probados y los acontecimientos sobrevenidos. “Una epistemología vigilante pone en guardia aquí contra la ilusión de creer que lo que se llama hecho coincide con lo que sucedió realmente, incluso con la memoria viva que de él tienen los testigos oculares, como si los hechos durmiesen en los documentos hasta que los historiadores los extrajesen de ellos” (Ricoeur, 2003, 235). La ilusión es aparente, pues no se trata de disolver el hecho histórico en la narración misma que se cuenta (ficción), sino que el asunto está en la confusión entre el hecho histórico y el acontecimiento real rememorado. Dice Ricoeur: “El hecho no es el acontecimiento, devuelto a su vez a la vida de la conciencia testigo, sino el contenido de un enunciado que intenta representarlo. En este sentido, habría que escribir siempre: el hecho de que esto o aquello aconteció” (Ricoeur, 2003, 235). Desde esta perspectiva del hecho se va construyendo en el procedimiento mismo que los separa de los documentos de los que son su fundamento. Hay reciprocidad entre la construcción y la fundamentación del hecho y esto expresa el estatuto epistemológico del hecho histórico. El carácter preposicional director es el que rige la verdad o no verdad del hecho histórico.

La acepción de un hecho histórico marca la distancia entre lo dicho y el objetivo referencial. La historia es el mundo de los hombres del pasado tal como fueron, tal como se dice que fueron. Se mantiene indeterminado, por el momento, la relación entre hecho y acontecimiento. Sin embargo, para Ricoeur, el acontecimiento es privilegiado.

El punto de partida es el testimonio y la prueba documental es el punto de llegada de este capítulo.

La promoción de la historia de las mentalidades

Ricoeur ha indagado en literatura que trata sobre la explicación de la historia en lo que concierne a la historia cultural, la historia de las

mentalidades y a la historia de las representaciones. El término adoptado por nuestro autor es el de representación, puesto que la noción de mentalidad es “vulnerable a la crítica debido a su falta de claridad y de distinción o, siendo indulgente, de su sobredeterminación” (Ricoeur, 2003, 248). Sin embargo, esta noción se ha impuesto a la mayoría de los historiadores por las razones que analizaremos enseguida. Hay una promoción de objetos, objeto pertinente, objeto de referencia próxima. Dicha promoción se realiza en la redistribución de valores que afectan el aspecto económico, social y político. Sin embargo hablar de este tipo de objetos se realiza en el desplazamiento ya en el plano de los métodos y de los modos de explicación. Estas reflexiones están dadas a partir de que Ricoeur se pone los zapatos de historiador, pero tomando distancia respecto al trabajo del historiador, nuestro autor desea “verificar la tesis según la cual la historia, como una de las ciencias de lo social, no quebranta su disciplina de distanciamiento respecto a la experiencia viva, la de la memoria colectiva, aunque declare que se aleja de lo que se llama, la mayoría de las veces sin razón, positivismo o, más equitativamente, historia historizante para caracterizar la época de Seignobos y Sanglois de principios del siglo” (Ricoeur, 2003, 248). Bajo esta perspectiva la historia, podría pensarse, se acerca a la fenomenología de la acción (“la del hombre actuante y sufriente” {Ricoeur, 2003, 249}). Sin embargo, la historia de las representaciones o de las mentalidades permanecen del otro lado de la epistemología que lo separa de la fenomenología y su asunto, la memoria. Los historiadores de la historia de las representaciones se emparentan con la historia del poder (“poder hacer, poder narrar, poder imputarse el origen de sus propias acciones” {Ricoeur, 2003, 249}). Además, hay un diálogo de la historia de las representaciones con la hermenéutica en el umbral del conocimiento histórico.

El interés de Ricoeur por la historia de las mentalidades y de las representaciones es muy fuerte y ese vigor se deja sentir en esta investigación. Hay que anotar, como nos lo hace saber nuestro autor, que la palabra representación es utilizada en varios contextos. En primer lugar hace refe-

rencia el enigma de la memoria en relación con el problema del icono con los griegos. Esta noción, en segundo lugar, aparece en el marco de la teoría de la historia en el sentido que se manifiestan la tercera fase de la operación historiográfica y quienes llevan al trabajo del historiador empezando la cadena por los archivos hasta la publicación del texto de historia listo para leerse. Bajo esta perspectiva escribir la historia tiene que ver con una escritura literaria y, si esto es así, ¿qué pasa con la pretensión de verdad de la historia? Y si la historia es escritura literaria, ¿cómo se distingue de la ficción? La historia es una representación del pasado y la ficción no y no es de principio, en intención. “Se trata, pues, de saber si la representación histórica que el pasado ha resuelto, o simplemente transpuesto, las aporías vinculadas a su representación mnemónica” (Ricoeur, 2003, 250-251). El concepto de representación tiene que ver, pues, con la representación mnemónica y la representación literaria.

Bajo esta perspectiva, Ricoeur examina la primera generación de escuela de los *Anales* (Lucien Febvre y Marc Bloch) en el sentido de que esta noción de mentalidad adquiere una importancia similar a la de Ernest Labrousse y Fernand Braudel. Aquí hay un desplazamiento de lo político hacia lo económico, hacia la historia económica. El concepto de mentalidad para Febvre es utilizado “para dar a una historia de casos como propios de la biografía histórica, en segundo plano de lo que él llama ‘utillaje mental’” (Ricoeur, 2003, 252). De este modo se agranda y amplía la esfera de la investigación histórica al trascender lo económico y lo político y se pasa a la historia de lo social y a la historia de las ideas (practicada por los filósofos y los historiadores de las ciencias). Pero hay que decirlo, la historia de las mentalidades es más abarcante que la historia económica y que la historia de las ideas, desde esta perspectiva. Con esta tesis, el autor llega no sólo a representar el pasado, sino se marca el problema de los límites de la representación. La historia de las mentalidades puede demostrar cómo es que puede figurarse sobre el mundo el hombre de una época dada.

Por otro lado, para Bloch la historia, en contraparte de la historia de las ideas, debe dar lugar al tratamiento histórico de los modos de sentir

y del pensar. Bajo esta perspectiva las prácticas colectivas simbólicas adquieren importancia.

A esta altura del discurso es importante preguntar “qué son las articulaciones internas de estas estructuras mentales en curso de evolución y, sobre todo, cómo es recibida o soportada la pulsión social que ejercen sobre los agentes sociales” (Ricoeur, 2003, 254). Sea como sea, debido a las fuerzas económicas y sociales de la escuela de los *Anales*, la de la primera generación pierde el humanismo que la caracterizaba.

En la segunda generación de los *Anales*, el conflicto entre larga duración y macrohistoria es de suma importancia. Bajo esta perspectiva los hechos repetibles, seriales, cuantificables tienen su utilidad para lo mental como para lo económico y lo social. Al parecer la unidad del movimiento intelectual generado a partir de los *Anales*, y ya con cincuenta años de trayectoria, se ha desmoronado. En este sentido al parecer no hay continuidad pero también es difícil seguir la discontinuidad de dicho movimiento intelectual.

Así, en la historia de las mentalidades no hay un rumbo fijo de inteligibilidad, pues hay visiones del mundo, estructuras y coyunturas. El concepto de mentalidad es la traducción de la palabra alemana *Weltanschauung* (cosmovisión).

Sin embargo, dice Ricoeur, la tendencia principal de la historia de las mentalidades, dentro del escuela de los *Anales*, debía inclinarse hacia una defensa más incierta de su derecho a la existencia desde la segunda generación [...], y más aún en la época llamada de “la nueva historia” (Ricoeur, 2003, 259).

Desde esta perspectiva se pierde la referencia y se fragmenta la historia y, además, a partir de esta dispersión de la claridad, la historia de las mentalidades se adhiere a la historia serial. La historia de las mentalidades realiza un cambio de rumbo respecto de la historia económica y social y, sobre todo, de la historia emprendida por el marxismo y, así, nos transportamos a otro lugar, el lugar de las mentalidades.

Las mentalidades funcionan automáticamente y no se trata de un pensamiento ya formado o de visiones del mundo marcadamente impregna-

das en el inconsciente colectivo. La noción de mentalidad no pertenece a esos nuevos objetos de la historia aunque sea amplio su alcance. “La razón profunda de la desaprobación infringida no se reduce a la objección de impresión semántica” (Ricoeur, 2003, 260-261).

No hay que confundirse, el concepto de mentalidad poco tiene que ver con el de la mentalidad primitiva, pues ésta hace referencia a las creencias irracionales respecto a la racionalidad científica y lógica. La noción de mentalidad funciona como un rasgo descriptivo y un principio de explicación, como plantea Ricoeur. Sin embargo, hay autores como Lloyd que creen que el concepto de mentalidad es inútil (en el plano de la descripción) y dañino (en el plano de explicación). Sea como sea, el concepto de mentalidad gira de la descripción a la explicación.

Variaciones de escalas. De la mentalidad a la representación

Se plantea la cuestión de la elección de la escala que deba adoptar el historiador. Los modelos heurísticos de la escuela de los *Anales* tienen que ver con un enfoque de la macrohistoria y todo lo que ella abarca. Sea como sea, el análisis de los historiadores de la escuela de los *Anales* descansaba en un juego de escalas. Pero también algunos historiadores italianos adoptaron este juego de escalas en el enfoque microhistórico. No se trata, en los análisis de Ricoeur, de optar por la macro o la microhistoria, sino de ir al examen de la noción misma de variaciones de escalas, pues esta noción ha contribuido de un modo original a la historia de las mentalidades o representaciones que ha puesto de manifiesto su peligro en los análisis anteriores.

Los encadenamientos de acontecimientos dependen de la escala con que se les mire. “La noción de escala está tomada de la cartografía, de la arquitectura y de la óptica” (Ricoeur, 2003, 278). A escala mayor se pierden detalles y a escala mayor se pueden observar las cosas a mayor detalle.

“Este doble rasgo –proporcionalidad de las dimensiones y heterogeneidad en la información– no puede dejar de afectar a la geografía, tan tributaria de la cartografía” (Ricoeur, 2003, 278-279). En la arquitectura y en urbanística suceden cuestiones similares, pero los planos de arquitectura o de urbanística tienen, peculiarmente, de referente un edificio, una ciudad, etcétera, y esto se pone en relación con el paisaje de la naturaleza, etcétera. La noción de escala en arquitectura y en urbanismo, así como una cartografía, conciernen al historiador, puesto que la operación historiográfica es una operación, por decirlo así, arquitectónica que se va construyendo. “El discurso histórico debe construirse en forma de obra; cada obra se inserta en un entorno ya construido; las relecturas del pasado son otras tantas reconstrucciones, al precio, a veces, de costosas demoliciones: construir, destruir, reconstruir son gestos familiares al historiador” (Ricoeur, 2003, 279). Además, la historia funciona como una lupa, microscopio o telescopio. Sin embargo, lo propio de la noción de escala en el ámbito de la historia tiene que ver con la “ausencia de conmensurabilidad de las dimensiones” (Ricoeur, 2003, 279-280). El cambio de escala afectará los encadenamientos y la configuración misma de la historia que se narre. La elección de la escala está en función de las ventajas y, a la vez, la pérdida de información con la escala tiene que ver con la idea de la jerarquía de la duración. Dice Ricoeur:

La historia de las mentalidades sufrió incontestablemente esta carencia metodológica con relación al cambio de escala, en la medida en que se suponía que las mentalidades de masa dependían de la larga duración, sin que se tomaran en cuenta las condiciones de su difusión a escalas menores (Ricoeur, 2003, 280).

La historia de las mentalidades, en tanto se extiende al ámbito de la macrohistoria, ha querido tratar el concepto de presión social en relación con la receptividad de los mensajes de los agentes sociales.

A partir del análisis de Ginzburg, autor que interesa a Ricoeur, nuestro autor intenta sacar provecho para lo que le interesa, esto es, la historia de las mentalidades. En este sentido, se ha rechazado el concepto de mentalidad. De igual modo se acerca a Giovanni Levi y a propósito dice:

Sin embargo, no habría que esperar la resurrección de la experiencia vivida de los agentes sociales, como si la historia dejase de ser historia y se acercase a la fenomenología de la memoria colectiva. El respeto de esta sutil frontera es importante para nuestro propósito que nunca desmiente la vocación implícita del corte epistemológico que separa la historia de la memoria incluso colectiva (Ricoeur, 2003, 283).

Y con ello reafirma la utilización del concepto de representación y ya no el de mentalidad. Para esto le han servido a Ricoeur los defensores de la *microstoria* italiana, frente a la escuela francesa de los *Anales*.

El camino de la concentración del campo histórico se inserta dentro de la historia de las mentalidades que, para ello, desempeña una función fundamental con la condición de asumir el título y la función de la historia de las representaciones y no ya de mentalidades. La sustitución del concepto de mentalidad por el de representación está dado por ser éste un concepto más dialéctico y mayormente articulado: “es perfectamente coherente con los usos que propondremos del concepto generalizado de variación de escalas” (Ricoeur, 2003, 287). La generalización del juego de escalas es un camino privilegiado para la dialéctica de la representación que es emparejada con el asunto de la práctica social. Lo importante de este juego de escalas tiene que ver con la elección de escala pues los efectos de las variaciones son múltiples: en el primer aspecto las variaciones se colocan en las cuestiones que afectan los grados de eficacia y de cuestión de las normas sociales. El segundo aspecto tiene que ver con lo que modula los grados de legitimación, crecerá en las esferas múltiples de pertenencia y afectará el vínculo social. El tercer y último aspecto tiene que ver con los aspectos no cuantitativos de la escala de los tiempos sociales.

El beneficio de la variación de escalas “es el de poder desplazar el énfasis a las estrategias individuales, familiares o de grupos, que cuestionan la presunción de sumisión de los actores sociales de último rango a las presiones sociales de todo tipo y principalmente a las ejercidas en el plano simbólico” (Ricoeur, 2003, 289). Esto no se separa de la elección de escala macrohistórica. Existen las duraciones y las representaciones que rigen los comportamientos y las prácticas del discurso histórico.

Con la escala de la eficacia o de la coerción se retomará el problema de la institución y, por lo tanto, el de las normas, que obedecen a las reglas de contextualidad. Sea como sea, la idea de una escala de eficacia de las representaciones puede formularse desde el punto de vista del proceso de institucionalización que oscila entre la producción de sentido y la producción de coacción.

Dice Ricoeur:

En otros contextos, se prefiere adoptar como referencia conceptual la idea de norma, en la que se hace hincapié, alternativamente, en los procesos de evaluación que señalan lo permitido y lo prohibido, unen las modalidades del sentimiento de obligación sancionado por el castigo. También la idea de norma, desplegada desde el plano moral al jurídico, se presta a una variación de la escala de eficacia, tanto en el orden de la identificación, de la calificación de conductas, como en el de los grados de coerción. Es en una escala como ésta donde se podrían colocar las maneras opuestas de aprobar o desaprobar, en los procedimientos de legitimación o de denuncia (Ricoeur, 2003, 292).

Por otra parte, existe una segunda línea en donde la variación de escalas se pone de manifiesto. Sea como sea, lo importante para la investigación que lleva a cabo Ricoeur es ser capaz de unir a la idea de grandeza la idea horizontal de la pluralización de lo social.

Se abren así dos discusiones, que son de interés específico para nuestro objetivo –que es el de la fecundidad del tema de los juegos de escalas para la historia de las representaciones–. La primera concierne al carácter finito del proceso regresivo que, de justificaciones elementales en justificaciones secundarias, conduce a una justificación última en una esfera dada (Ricoeur, 2003, 294).

Y más adelante la segunda planteada en forma de pregunta es: “¿qué discursos dan fe de la justificación última apropiada a tal ciudad? ¿En qué se reconoce la argumentación última propia de tal ciudad o de tal mundo?” (Ricoeur, 2003, 295).

La lectura posee, por sí misma, sus propias escalas que se entremezclan con las escalas de la escritura. Ahí, pues, una cadena de escrituras y de lecturas que garantiza la continuidad “entre la idea de representación

como objeto de la historia y la de la representación como instrumento de historia” (Ricoeur, 2003, 296).

Variación de escalas en el tiempo social y dialéctica de la representación

Ricoeur se propone encontrar el modo en que son posibles las aplicaciones de la variación de escalas “a los aspectos no cuantitativos del componente temporal del cambio social” (Ricoeur, 2003, 296). Sin embargo, las relaciones cuantitativas (duraciones larga, media y breve) sirven entre los intervalos mesurables (siglos, decenios y días). Este modo de cronología se ajusta al calendario y así se ha venido aplicando. En este sentido, lo medible o mesurable se pone en relación con aspectos cuantificables de los hechos registrados en una aplicación histórica de los cambios sociales. Sea como sea, lo cierto es que se “puede hablar, a este respecto, de una escala de disponibilidad de las competencias de los agentes sociales” (Ricoeur, 2003, 296). Además, la noción de variación de escalas se puede aplicar al tiempo histórico. Esta escala de duración y sus variaciones (cuestión empezada ya en los *Anales*) puede ser aplicada para la historia de las mentalidades o representaciones. De este modo el entrecruzamiento de los mundos de la acción a nivel social con la escala de los regímenes temporales puede ser entendible y aplicable para los conceptos temporales usados en la historiografía.

Por otro lado, dentro del marco de la idea de cambio social, las categorías de estabilidad, inestabilidad, continuidad y discontinuidad, entre otros binomios, desde esta perspectiva pueden ser tratadas y tematizadas. Hay que notar que para Ricoeur el cambio social es una hipercategoría que va más allá de los binomios antes enunciados. Pero se empareja al mismo nivel con “el pasado en cuanto fenómeno social” (Ricoeur, 2003, 298), esto es, con el referente de base del conocimiento histórico. Digamos que pertenecen (la hipercategoría y el referente de base) al mismo plano referencial, de ahí su emparejamiento.

La estabilidad es una categoría importante y necesaria para el propósito de Ricoeur y son características suyas la acumulación, reiteración y permanencia que sirven “a la evaluación de los grados de eficacia de las instituciones y de las normas” (Ricoeur, 2003, 298). Además, “se inscriben en la escala de los modos de temporalidad paralela a la escala de los grados de eficacia y de coacción” (Ricoeur, 2003, 298). En realidad la estabilidad es un modo del cambio social, así como la seguridad es un modo del plano político. Ambas (estabilidad y seguridad) son categorías en la escala de la temporalidad, puesto que ambas tienen que ver con el aspecto de la duración y el de la permanencia. Ya instalado en el análisis de esta escala de las temporalidades, Ricoeur cree oportuno inscribir y sentar la categoría de *habitus* (que tendrá su importancia en el “marco del tratamiento dialéctico del binomio memoria / olvido” (Ricoeur, 2003, 298), y a este respecto sólo mencionemos que hay ya una historia de los hábitos. En este contexto, nuestro autor pondrá de relieve la importancia de inscribir otra, una nueva categoría más polémica que no debería reconciliarse como una categoría no dialéctica, pero debemos tomar en cuenta que se incrusta “entre el desgarramiento y la textura del vínculo social” (Ricoeur, 2003, 299). Nos referimos a la incertidumbre. Pues, según Ricoeur, en “esta misma perspectiva se inscribe la categoría de incertidumbre que la microhistoria coloca muy alto” (Ricoeur, 2003, 299).

Por otro lado, el recorrido del concepto de lo mental dentro de la historiografía está por finalizar. Y termina con su reemplazo, pues de mentalidades pasamos a representación y esto para Ricoeur es justificable. En este sentido cambia la terminología de la historiografía en los finales del siglo xx.

En los análisis de Ricoeur a propósito de la noción de variaciones de escalas se han revisado tres aspectos fundamentales: 1. Escala de eficacia (aquí la noción de mentalidades parece unilateral). 2. Escala de los grados de legitimación (aquí la noción de mentalidades aparece indiferenciada). 3. Escala de los aspectos no cuantitativos de los tiempos sociales (la noción de mentalidades parece actuar de modo masivo). Estos tres as-

pectos abren el panorama hacia la dialéctica de la representación (que “añade una dimensión nueva a los fenómenos abordados [...] en términos de escalas de eficacia” {Ricoeur, 2003, 306}) y justifican el cambio de la noción de mentalidades hacia la noción de representación. Dice Ricoeur: “En contra, pues, de la idea unilateral, indiferenciada, y masiva de mentalidad, la idea de representación expresa la plurivalencia, la diferenciación, la temporalización múltiple de los fenómenos sociales” (Ricoeur, 2003, 301). Además, desde el ámbito político la noción de representación es favorable en grado sumo. Conjuntamente, esta noción permite abrir el camino hacia la dialéctica de la representación. Estos tres aspectos, que hemos mencionado, impulsan o motivan a la utilización del concepto mismo de representación y con ello la noción despliega “una polisemia distinta que corre el riesgo de poner en peligro su pertenencia semántica” (Ricoeur, 2003, 302), en tanto pueda significar demasiado, en tanto esté sobrecargada de significado o caracterizada (una “hemorragia de sentido” {Ricoeur, 2003, 303}) y que incluso se asemeje a la noción de visión del mundo (que se asemeja a la idea de mentalidad ya desplazada). Esto ya sea en una función taxonómica (que contendría el inventario de las prácticas sociales y su vínculo con el espacio social) o en una función reguladora (como medida de estimación de los esquemas y de los valores que se comparten socialmente). He aquí el verdadero peligro de la noción de representación. Y sin embargo Ricoeur, a sabiendas de la dificultad, cree oportuno no sólo el uso del término, sino incluso cree necesario el relacionarlo, “en cuanto objeto del discurso historiador” (Ricoeur, 2003, 303) con otros dos usos del mismo concepto. Este empleo de la noción tiene que ver, sobre todo, con la fase final de la operación historiográfica (la escritura de la historia y al acceso de la explicación/comprensión a la letra). En esta fase el uso de la noción de representación está justificado por el hecho de que el discurso historiador tiene pretensión de validez, “de representar *de verdad* el pasado” (Ricoeur, 2003, 303). Los dos usos indicados anteriormente en esta fase final apuntan, por un lado, a la representación-objeto (como herencia de la noción de mentalidad) y

la representación-operación (ya en la fase de la operación historiográfica). He aquí los dos usos, pero debemos considerar además que entre ambos existe una relación mimética, pues la representación-operación tiene que ver con el momento del hacer la historia y la representación-objeto como el momento del hacer historia. No sólo se manifiestan sus usos, sino que he aquí, también, la ambigüedad del concepto de representación. Pues la representación tiende a caer y a entenderse solamente como la expresión literaria de la operación historiográfica.

Sin embargo, los historiadores no ven necesaria la relación de los empleos de la noción de representación, antes aludida, con el acto de hacer memoria, este acto tiene la pretensión de representar con fidelidad el pasado. En este sentido, hay, pues, una ambición de fidelidad de la memoria así como una ambición de verdad de la historia. A ojos de Ricoeur esto último es como una llave hermenéutica que permite abrir, desvelar o desocultar la comprensión de la representación-objeto y penetrar, a su vez, en la representación-operación.

Este sentido de la llave hermenéutica no es algo novedoso a los historiadores, y no lo es en el sentido de no salirse, obviamente, del marco de la historia de las representaciones. Sin embargo, para los historiadores, al menos para algunos, lo importante “es actualizar los recursos de reflexividad de los agentes sociales en sus intentos por comprenderse a sí mismos y al mundo” (Ricoeur, 2003, 305). La aplicación de este asunto a la idea de representación no desborda la conceptualización en la operación historiográfica, en el trabajo de los historiadores.

La noción de representación posee una estructura bipolar, como ya hemos visto, y esta estructura la comparte también Roger Chartier; para éste la representación, por un lado, evoca la cosa ausente al sustituirla por otra, que es ya su representante aunque sea por defecto (el difunto en Ginzburg). Por otro lado, la cosa mostrada o a la vista tiende a ocultar o a sustituir; esto semeja a un auténtico reemplazo de la cosa ausente (la efigie en Ginzburg). Por otro lado, para Louis Marin la representación “se encuentra sometida a un trabajo de discriminación, de diferencia-

ción, ayudado por el esfuerzo de identificación aplicado a las condiciones de inteligibilidad capaz de conjurar los errores, la mala comprensión” (Ricoeur, 2003, 306).

Sea como sea, lo que pretende el historiador es representarse el pasado “de la misma manera que los agentes sociales se representan el vínculo social” (Ricoeur, 2003, 308-309). En fin, Ricoeur interrumpe su discurso con una perplejidad elaborada en una pregunta y es la siguiente: “¿puede la historia de las representaciones alcanzar por sí misma un grado aceptable de inteligibilidad sin anticiparse abiertamente al estudio de la representación en cuanto fase de la operación historiográfica?” (Ricoeur, 2003, 309).

Ricoeur emprende la tercera fase de la operación historiográfica, como es ya costumbre, con una nota de orientación muy oportuna que nos introduce y nos da una panorámica amplia de lo que será este capítulo. Analicemos y revisemos lo que nos dice al respecto en forma más o menos detallada. El autor orienta, pues, al lector con la mencionada nota y es asunto que se agradece. Además nos habla de los intereses y objetivos de su investigación, así como de la justificación del léxico o terminología empleada. El asunto fundamental o primordial a este respecto es justificar el por qué usar el concepto de representación en vez del de interpretación. De alguna manera existe una semejanza entre ambos conceptos, pero sea lo que fuere, para nuestro autor no hay duda alguna de que la representación del pasado consiste en una interpretación de los hechos. Esto es entendible, pues no hay representación sin una interpretación. Pero bajo estos términos no se hace justicia a la noción de interpretación, pues ésta no solamente tiene que ver con el “nivel representativo de la operación historiográfica” (Ricoeur, 2003, 312) sino, sobre todo y esto es lo radical, se empareja al mismo nivel y a la misma amplitud de la “aplicación que el [concepto] de verdad” (Ricoeur, 2003, 312), pues tiene que ver con la pretensión veritativa de la historia. Entonces el sentido cambia radicalmente y, por lo tanto, resulta inconveniente su uso. De esta manera el uso del término de representación desde esta perspectiva, pues, se justifica, ya que “marca la continuidad de la misma problemática de la fase explicativa a la

fase escrituraria o literaria” (Ricoeur, 2003, 312) (en el capítulo anterior, recordemos, se habló de representación-objeto y de representación-operación, entonces no es ya un concepto nuevo). La justificación del empleo del concepto de representación no está solamente en el vínculo de las dos fases mencionadas, sino sobre todo “en el plano de las relaciones entre la historia y la memoria” (Ricoeur, 2003, 313). La memoria ha de entenderse en términos de representación. Por otra parte, la representación literaria debe entenderse “como representancia” (Ricoeur, 2003, 313).

El capítulo se ordenará en cuatro secciones. La primera: *Representación y narración* (en donde se consideran las formas narrativas de la representación). La segunda: *Representación y retórica* (tratará del aspecto retórico y estilístico, pero ya en la construcción y configuración del relato). La tercera: *La representación historiadora y los prestigios de la imagen* (versa sobre las relaciones del discurso histórico con la ficción). La cuarta: *La representancia* (es un “discernir la capacidad del discurso histórico para representar el pasado). De este modo, tenemos el panorama general del presente capítulo que aún falta por explorar en su totalidad.

Así, como ya nuestro autor lo ha repetido en varias ocasiones, la historia (desde los archivos hasta los textos) es escritura. De la primera a la tercera fase de la operación historiográfica la escritura ha jugado un papel fundamental.

“Hacer la historia” es “hacer historia” (Ricoeur, 2003, 397) de alguna manea esta es una tesis central del texto. El libro de historia (“la coronación del hacer historia” {Ricoeur, 2003, 311}) “se hace documento abierto a las sucesivas reinscripciones que someten el conocimiento histórico a un proceso incesante de revisión” (Ricoeur, 2003, 311). Si hacer la historia es hacer historia, de alguna manera va en ello implícito, por decirlo así, un ejercicio de predicción, pues el escribir la historia (hacer la historia) supone, necesariamente, un quedar registrada para ser leída en el tiempo venidero, para ser consultada como un documento histórico y así *hacer historia* al mismo tiempo que se previsualiza y ordena, bajo esta perspectiva, el futuro.

De algún modo la historia como “representación escrituraria” (Ricoeur, 2003, 311) (de Certeau) indica más una rama de las ciencias sociales, en cambio al agregar “signos de literareidad” (Ricoeur, 2003, 312) se habla, ya con Ricoeur, de “representación literaria” (Ricoeur, 2003, 312). De este modo se entiende la historia no ya como una ciencia, sino como un arte, pues la historia para nuestro filósofo es entendida como un género literario.

Por otro lado, ya adentrándonos en el comentario a la primera sección, plantearemos en forma de pregunta su cometido: ¿cuál es el lugar de la narratividad en la estructura del saber histórico? La respuesta a esta pregunta guiará la hipótesis en los análisis de Ricoeur. La hipótesis tendrá, pues, dos sentidos. En primer lugar la narratividad no es una solución a la explicación/comprensión. En segundo lugar la confección de la trama se compone como un ingrediente de la operación historiográfica. De este modo, la representación en su forma narrativa acompaña y sostiene las fases documental y explicativa de la operación historiográfica en su conjunto. En este sentido la narratividad no tiene una laguna de la explicación/comprensión. Al respecto los historiadores de lengua francesa (que su inconformidad estaba dada en la oposición entre historia-relato e historia-problema) se unen curiosamente a los historiadores de lengua inglesa (“que elevaron el acto configurador de la construcción de la trama al rango de explicación exclusiva de las explicaciones causales, incluso finales” {Ricoeur, 2003, 316-317}). Desde esta perspectiva la noción de narratividad puede ser un obstáculo a un sustituto de la explicación.

En este contexto Braudel establece una secuencia que va del acontecimiento a la primacía de lo político pasando por el relato. El acontecimiento es objeto del relato al ser objeto del conocimiento histórico. Así, el conocimiento histórico nace de los relatos que alimentan y sostienen el narrar mismo como un arte, sin embargo, el relato ha sido considerado, por una parte, como un ingrediente de menos importancia para el conocimiento histórico (el relato es el acontecimiento) y, por otra, al relato se le considera como una forma discursiva primitiva. Estos dos puntos de

vista van juntos (si hay un concepto pobre de acontecimiento lo habrá de igual modo del relato). Sin embargo la historia política ha ocupado un lugar central y el proceso de la escritura de la historia-acontecimiento tuvo que esperar a que la historia política ocupara un lugar secundario.

Ranke y Michelet son para Ricoeur los maestros de este estilo de hacer historia, pues para ellos el acontecimiento es “singular e irrepetible” (Ricoeur, 2003, 318). Sólo recordemos que la escuela de los *Anales* no es ajena a esta discusión. La singularidad y la brevedad del acontecimiento van implícitos en la concepción de historia episódica (“el individuo es el depositario último del cambio histórico” {Ricoeur, 2003, 318}). La historia-relato es sinónimo de la historia episódica. A esta discusión pertenece el precepto narrativo de la historia. La larga duración se opone al concepto de acontecimiento (duración breve) aquello de que se habla y se escribe en forma de relato narrativo.

Si el relato constituye un obstáculo (*Anales*), para la escuela narrativista el relato se convierte en un sustituto. Esta escuela del otro lado del Atlántico “se propuso reevaluar los recursos de la inteligibilidad del relato” (Ricoeur, 2003, 319). La narratología por su parte pretende “reconstruir los efectos superficiales del relato a partir de estructuras profundas” (Ricoeur, 2003, 319). El acontecimiento es un fragmento del relato y todo acontecimiento no escapa a la narrativización.

Hay pues dos tipos de inteligibilidad del relato como configurador, la narrativa (de la disputa entre las escuelas narrativistas y la narratología se desprende el concepto de coherencia narrativa) y la explicativa. A propósito de esta coherencia narrativa, menciona Ricoeur tres implicaciones. Y para la comprensión misma de la coherencia narrativa en relación con la conexión causal o final, Ricoeur menciona dos ejemplos que ilustran la problemática. Son “dos ejemplos de narrativización de los modos explicativos desplegados en la operación historiográfica” (Ricoeur, 2003, 327). El primer ejemplo, a modo de enseñanza, muestra “cómo las formas escriturarias de esta operación se articulan en torno a las formas explicativas” (Ricoeur, 2003, 327) y el otro muestra “cómo

el objetivo intencional del relato más allá de su cierre transita, a través de la explicación, hacia la realidad atestiguada” (Ricoeur, 2003, 327).

Representación y retórica

Ricoeur considera oportuno y necesario analizar la dimensión retórica del discurso de la historia en su estructura narrativa. Este asunto se remonta a Vico (la tropología y la oposición argumentativa entre retórica y lógica). Esta etapa “no consiste sólo en ampliar el campo de los procedimientos en la representación escrituraria, sino también en explicar las resistencias que las configuraciones narrativas y retóricas oponen a la pulsión referencial que dirige el relato hacia el pasado” (Ricoeur, 2003, 330). No cabe duda de que los defensores de la retórica narrativa caen en la estetización global de su discurso y habría que tener cuidado al respecto, pues no se trata de ceder ante esta estetización. Esta problemática ha sido discutida en el ámbito francés (sobre todo con el estructuralismo después de Saussure) y confrontada en el ámbito americano. La perspectiva francesa pretende poner los códigos narrativos e inclusive retóricos en una relación estrecha con las estructuras de la lengua propiamente dicha. Según Ricoeur el “postulado de base es que las estructuras del relato son homólogas de las unidades elementales de la lengua” (Ricoeur, 2003, 330). Con esto pasamos de la lingüística a la semiótica narrativa. Sin embargo las implicaciones en el campo de la historia permanecen ocultas, puesto que la semiótica del relato sólo se muestra en el orden de la ficción.

La aplicación del modelo saussuriano (el plano de la semiótica general y la estructura binaria del signo: significante-significado) a la historia tiene consecuencias serias. Este modo de historia-relato se asemeja a la novela realista del siglo XIX. Roland Barthes “reprocha a la historia-relato el instalar la ilusión referencial en el corazón de la historiografía” (Ricoeur, 2003, 331). Pues ya en la aplicación al discurso historiador, “se produce entonces un cortocircuito entre el referente y el significante” (Ricoeur, 2003, 331), en

beneficio del referente y, en este sentido, “engendra el efecto de realidad en virtud del cual el referente, transformado subrepticamente en significado vergonzante, es revestido de los privilegios del acontecimiento” (Ricoeur, 2003, 332). De este modo se da paso de la historia-narrativa a la historia-estructura, lo cual representa una transformación ideológica. Sin embargo, aún quedaría por explicar la referencialidad en el ámbito historiográfico. Al respecto dice Ricoeur: “Mi tesis es que ésta no puede discernirse únicamente en el plano del funcionamiento de las figuras asumidas por el discurso histórico, sino que debe pasar a través de la prueba documental, la explicación causal/final y la configuración literaria. Este triple entramado sigue siendo el secreto del conocimiento histórico” (Ricoeur, 2003, 332-333).

Hyden White representa la máxima contribución de la retórica a la representación histórica, aunque ciertamente no a la epistemología del conocimiento histórico, sino a una poética de la imaginación histórica. Y en las estructuras del discurso esta imaginación es aprehendida como tal. A este respecto se habla de la relación de la historia con la ficción y la distinción entre historiografía y filosofía de la historia, que representan los dos momentos de supresión del cierre dado a partir de White. Entonces la imaginación histórica concierne a la retórica y, para ser más precisos, a la tropología, puesto que la “forma verbal de la imaginación histórica es la construcción de la trama” (Ricoeur, 2003, 334), que posteriormente incluirá una serie de tipologías que articulan una taxonomía que actúa en el plano de las estructuras de la imaginación.

Al respecto se menciona un programa coordinado y bien estructurado que se compone de tres tipologías. La primera es la tipología de las tramas que concierne a la percepción estética: “es la dimensión *story* de la trama” (Ricoeur, 2003, 334). La segunda se refiere a los aspectos cognitivos del relato, del argumento. La tercera es la de las implicaciones ideológicas (compromisos morales y políticos). Sólo así, al considerar estas tipologías, puede hablarse con White de la construcción de la trama (el modo explicativo por excelencia). Y así se construye una teoría del estilo bien formada y estructurada.

Hay pues una idea de estructura profunda de la imaginación y está en plena relación con la creatividad y la codificación; es un estructuralismo dinámico plausible, según Ricoeur. La estilística a lo largo de la historia de las tradiciones literarias ha propuesto, pues, mediaciones, pero falta entender la conexión entre formalismo e historicidad: “incumbe a un sistema de reglas a la vez encontradas e inventadas, presentar los rasgos originales de tradicionalidad que trascienden la alternativa” (Ricoeur, 2003, 337). A ojos de Ricoeur, White ha caído en un callejón sin salida “al tratar las operaciones de la construcción de la trama como modos explicativos, considerados, en el mejor de los casos, como indiferentes a los procedimientos científicos del saber histórico, y en el peor, como sustituibles por estos últimos” (Ricoeur, 2003, 337). De este modo está ausente en White, y esto resulta lamentable, el trabajo de concentración del discurso histórico (sus fases operativas).

Por otro lado, a propósito de la verdad en historia White y Ginzburg opusieron sus puntos de vista en la temática que trata sobre historizar la problemática de *Auschwitz*, puesto que los límites de representación se ponen a prueba en sus formas narrativas y retóricas, en casos límite como lo es éste en específico. Por su lado, Saul Friedlander “propone un esquema según el cual hay que partir de los límites externos del discurso para formar la idea de límites internos a la representación” (Ricoeur, 2003, 339). Este autor propone, pues, un esquema que “procede desde el acontecimiento al límite en dirección a los límites internos a la operación de representación” (Ricoeur, 2003, 340), y White por su parte “se esfuerza en ir, con una honestidad extrema, lo más lejos posible hacia el acontecimiento partiendo de los recursos retóricos de la propia representación verbal” (Ricoeur, 2003, 340). Ginzburg, por su lado, está a favor de la realidad histórica en términos del testimonio. Pero sea lo que sea, la tarea del historiador ante este tipo de acontecimientos no se limita a la caza del error, sino a todo tipo de testimonios.

La fuente de la solitud de verdad está en la experiencia viva del hacer historia de los protagonistas de la historia misma. Y es que el aconteci-

miento límite lo es en la memoria viva, ya sea individual o colectiva, antes de serlo en el discurso historiográfico. Y el problema está en resolver cuál o cómo es o debe ser el estilo posible para la representación, como recurso retórico, de un discurso histórico de un acontecimiento límite.

Representación e imagen

A primera vista la dimensión icónica de la representación historiadora no aporta grandes cambios en los análisis realizados hasta ahora por Ricoeur. Por un lado se trata de la oposición de dos géneros literarios (el relato de ficción y el relato histórico) y, por otro, se resaltan algunos rasgos de la narratividad como efectos retóricos de la construcción de la trama misma. Sin embargo, con el concepto de imagen se hace notar la problemática de la constitución icónica, inclusive, de la memoria, y esto representa una aporía. A partir de los géneros literarios y su constitución como tales y a primera vista, el binomio relato histórico/retrato de ficción se presenta como una antinomia, los dos tipos de relatos se presentan como asuntos contrarios, opuestos, en el que el uno no tiene que ver, en lo absoluto, con el otro. Una cosa es un libro de literatura y otra cosa es un libro de historia. El lector al abrir una obra de arte literaria se prepara para lo irreal. El lector al abrir un libro de historia se prepara para entrar en el mundo de lo real, de los acontecimientos que realmente sucedieron y, bajo esta perspectiva, está en su derecho al exigir la veracidad del discurso. Hay, pues, en el discurso histórico una pretensión de verdad, una aproximación a lo que fue real, que en la obra de arte literaria, de entrada, ni siquiera es pensable. El contacto con la obra de arte literaria supone, en el mejor de los casos, una actitud estética. En cambio, la obra histórica, no. Sin embargo, puede darse el caso que un historiador abra, por ejemplo, un libro de Homero para enterarse de cómo vivían los griegos, pero aquí claramente se refleja una actitud extraestética, por decirlo así. Desde esta perspectiva, en la antinomia antes aludida, la de los dos tipos de relatos,

no hay confusión alguna. Irrealidad y realidad son modalidades heterogéneas, se distinguen desde el principio.

Sin embargo esta distinción entre pasado real y ficción irreal, desde el mundo de texto (piedra angular de la teoría de la lectura), impone un tratamiento dialéctico por el entrecruzamiento de los efectos que producen los dos tipos de relatos. Hay pues un entrecruzamiento “de la legibilidad y de la visibilidad en el seno de la representación historiadora” (Ricoeur, 2003, 350), hay ficcionalización del discurso histórico. Pues las figuras retóricas o tropos adornan e, inclusive, articulan el relato histórico en su fase escrituraria o literaria, en su aspecto retórico. En este sentido, la heterogeneidad del relato de ficción y el relato de historia ya no se nos presenta tan marcada, ya no hay una plena distinción de los dos tipos de relatos que nos incumben.

Representancia

La representancia compendia todo lo que tiene que ver con la intencionalidad historiadora y, a la vez, mantiene en el umbral la condición histórica de la epistemología de la historiografía. Este término (representancia) “designa la espera vinculada al conocimiento histórico de las construcciones que constituyen reconstrucciones del curso pasado de los acontecimientos” (Ricoeur, 2003, 366-367). Esto tiene que ver con el pacto entre el escritor y el lector, que ya ha salido a colación. Bajo esta perspectiva se intenta comprender cómo es que el historiador satisface la expectativa del lector, pues éste, a diferencia del lector de ficción (que no le interesa saber nada de una realidad extralingüística), tiene la exigencia de que se le cuenten los acontecimientos tal como sucedieron en verdad. Al respecto, Ricoeur elabora dos respuestas que, como él mismo dice, son complementarias. La primera dice: “la sospecha de que la promesa no se mantuvo ni podía mantenerse llega su punto culminante en la fase de la representancia, en el momento en que, paradójicamente, el historiador parecía mejor equipado para honrar

la atención de representar el pasado” (Ricoeur, 2003, 367). La segunda “es que la réplica a la sospecha de traición no reside sólo en el momento de la representación literaria sino en su articulación con otros momentos anteriores de explicación/comprensión y de documentación, y, si remontamos más arriba, en la articulación de la historia con la memoria” (Ricoeur, 2003, 367). La representación de representación de algo. El historiador llega al lector mediante su trabajo escrito y lo que ello implica (narración, retórica e imaginación) y sólo así puede firmar el contrato con su lector. La cuestión se complica pues la forma escrituraria o literaria del relato histórico implica un valor de conocimiento. La escritura literaria de la historia implica una inseparabilidad entre lenguaje y pensamiento y una muestra de ello es que las figuras retóricas son en el fondo figuras de pensamiento y esto permite la legibilidad del relato mismo de historia. Las formas del relato configuran y dan cierre a la trama. La forma literaria se resiste a un salir de sí, se resiste a lo extratextual. Se corre el peligro de que, con el uso y el juego de las figuras retóricas, pueda llegarse a confundir la frontera entre realidad y ficción.

La sospecha de cierre se aplica a pequeños y grandes relatos, entre significante/significado y el referente, dicha sospecha abre una barrera; pero también un abismo entre lo real y lo cuasi real. Bajo esta perspectiva las formas literarias persuaden al lector de la realidad y, en este sentido, lo representado se vuelve sospechoso para el lector y esto suscita una protesta. “Pero, entonces, ¿cómo sustraer a la ingenuidad semejante protesta?” (Ricoeur, 2003, 370), se pregunta Ricoeur. Y la respuesta se relaciona con lo siguiente: “una vez sometidos están en los modos representativos que supuestamente dan forma literaria a la intencionalidad histórica, la única manera responsable de hacer prevalecer la atestación sobre la sospecha de no-pertenencia consiste en poner en su sitio la fase escrituraria respecto a las fases previas de la explicación comprensiva y de la prueba documental” (Ricoeur, 2003, 371).

Esto significa, a ojos de Ricoeur, que la forma literaria de la trama, la explicación comprensiva y la prueba documental juntas son capaces de avalar, por decirlo así, la pretensión veritativa del relato historiográfico. Dice

nuestro autor: “Sólo el movimiento de remisión del arte de escribir a las técnicas de investigación de los procedimientos críticos es capaz de conducir la protesta al rango de una estación crítica” (Ricoeur, 2003, 371). No se trata solamente de un realismo crítico que profesa a favor de la actualidad histórica, sino que se trata de ir un paso más adelante y clamar el aspecto testimonial del documento, puesto que el documento está en el corazón mismo de la prueba documental. No se trata sólo de las declaraciones de testigos aunque el testimonio tienda a ridiculizarse, sin embargo, lo que cuenta es el testimonio vivo. Puesto que la memoria es la mejor herramienta para asegurarse de la realidad del recuerdo mismo, ya que “no tenemos nada mejor que el testimonio y la crítica del testimonio para acreditar la representación historiadora del pasado” (Ricoeur, 2003, 372). Recordemos, a propósito de la verdad, que la historia tiene una pretensión muy marcada de ella, así como la representación mnemónica tiene la pretensión de fidelidad.

La palabra verdad añade a la representancia “una aserción arriesgada que compromete el discurso de la historia no sólo en la relación con la memoria” (Ricoeur, 2003, 372). La pretensión de verdad de la historia está en relación con el sentido de las así llamadas ciencias de la naturaleza y las ciencias del espíritu. Sea como sea de lo que se trata es que este discurso histórico haga referencia (correspondencia, adecuación), en esta su pretensión de verdad, a lo acontecido en el pasado. Aunque estos conceptos tengan dificultades, cabría mencionar que no tiene relación con la mimesis (copia-imitación). “De todos modos, un relato no se parece al acontecimiento que narra; así lo firmaron los monarcas en vistas más convincentes” (Ricoeur, 2003, 373). A propósito del concepto, nuestro autor recurre a Platón (mimesis entendida como copia) y a Aristóteles (mimesis entendida como imitación).

A propósito de la teoría de Aristóteles sobre la memoria en donde establece la distinción entre recuerdo imagen y el antes, dice Ricoeur que “la representación historiadora es sin duda la imagen presente de la cosa ausente; pero la cosa ausente se desdobra a su vez en la desaparición de la existencia del pasado. Las cosas pasadas están abolidas, pero nadie puede hacer que no hayan sido” (Ricoeur, 2003, 374) (lo pasado ya no es,

pero fue). La ontología de la existencia histórica o la condición histórica pertenece a este régimen de existencia (ser-en-el-mundo), “colocado bajo el signo del pasado como ya no es y que fue” (Ricoeur, 2003, 374). Dice Ricoeur, para finalizar: “Hay que confesar que aquí la epistemología de la operación historiográfica alcanza su límite interno al bordear los confines de la ontología del ser histórico” (Ricoeur, 2003, 374), asunto que ya había sido tematizado por Heidegger.

Referencias

- BERALDI, Gastón. (2012). La narración como pharmakon y la restitución de la epistemología. La hermenéutica de Paul Ricoeur y su aporte a la epistemología. En *Revista de Filosofía, Humanidades y Ciencias sociales*, Horizontes filosóficos Núm. 2.
- DERRIDA, J. (1972). La pharmacie de Platon. En *La dissémination*. Paris: Seuil.
- PLATÓN (1977). *Obra completa*. Madrid: Aguilar.
- RICOEUR, Paul. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- VIDARTE, Francisco. (1999) Técnica, pharmakon y escritura. Consideraciones desde la deconstrucción. En *ÉNDOXA: Series Filosóficas*, Núm. 11, pp. 359-370. UNED, Madrid.
- WENGER Calvo, Rodolfo. (2016). La escritura, la memoria y la diferencia: La lectura derridiana de la escritura en Platón como pharmakon, en *Revista Amauta*, Universidad del Atlántico, Barranquilla, Núm. 28, Jul-Dic.



Recepción: 4 de marzo de 2019
Aceptación: 12 de agosto de 2019